

---

**Hablar con Jesús**

**ORAR CON...  
LA PALABRA  
DE LOS SANTOS**

Laureano Benítez Grande-Caballero

**DESCLÉE DE BROUWER**

---

# Índice

Introducción .....	5
1. La herida luminosa: el amor a Dios .....	13
2. Jesús lo es todo .....	27
3. El manantial de la misericordia: la Eucaristía .....	39
4. La Reina de los santos: María .....	55
5. La zarza ardiendo: la oración .....	75
6. Un cáliz en la noche: el sufrimiento.....	109
7. El árbol del paraíso: la Cruz.....	137
8. El camino de la perfección: el abandono...	159
9. Sirviendo a Cristo: la caridad.....	177

10. El verdadero discípulo: imitación de Cristo.....	197
11. La puerta del cielo: la humildad .....	225
12. La aventura de la santidad .....	241
Índice temático .....	255

## Introducción

*«Porque yo soy Yahveh, vuestro Dios; santificaos y sed santos, pues Yo soy santo».* **(Levítico 11, 44)**

*«Hermanos: Buscad la paz con todos y la santificación, sin la cual nadie verá al Señor».* **(Hebreos 12, 14)**

Todos fuimos creados por Dios para ser santos. La Voluntad de Dios es nuestra santificación **–(1 Tesalonicenses 4, 3)–**, la cual es el sentido profundo y la misión última de la vida humana, ya que el ser humano llega a su plenitud y realización en la perfección que se expresa en la santidad.

El camino de la santidad es un camino de perfección que nos fue enseñado por Jesucristo. En este sentido, la medida de nuestra santidad la marca el grado de nuestra entrega en el seguimiento de Jesús. Cristo es la clave para la santificación de nuestras vidas, hasta el punto de que todo lo que hagamos en Cristo, se santifica.

*«Y todo cuanto hagáis, de palabra y de boca, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre».* **(Colosenses 3, 17)**

Pero, aunque Cristo sea el verdadero modelo de santidad, este modelo también es visible en la vida de los santos, que son personas destacadas por sus virtudes, con las cuales expresan en su vida un compromiso cristiano y una entrega radical a Dios, que les hace ser considerados como modelos capaces de mostrar a los creyentes un camino ejemplar de perfección.

El santo es otro Cristo en su Cuerpo Místico. Es por eso que la santidad requiere ser Iglesia. La Comunión de los Santos es la tierra fértil necesaria para que crezca la semilla de la santidad.

*«El que Cristo sea el único mediador no significa que haya terminado el papel de los hombres en la historia de la salvación. La mediación de Jesús reviste aquí abajo signos sensibles: son los hombres, a los que Jesús confía una función para con su Iglesia; incluso en la vida eterna asocia Jesucristo, en cierta manera, a su mediación los miembros de su cuerpo que han entrado en la gloria».* **(Leon-Dufour, Vocabulario de Teología Bíblica)**

*«Los santos son modelos. Debemos imitar la virtud heroica de los santos. Ellos nos enseñan a interpretar*

*el Evangelio evitando así acomodarlo a nuestra mediocridad y a las desviaciones de la cultura. Por ejemplo, al ver cómo los santos aman la Eucaristía, a la Virgen y a los pobres, podemos entender hasta dónde puede llegar el amor en un corazón que se abre a la gracia. Al venerar a los santos damos gloria a Dios, de quien proceden todas las gracias».* **(P. Jordi Rivero)**

La Iglesia –de quien Juan Pablo II decía que es “casa de santidad”– considera que toda la humanidad está llamada a ser santa y a seguir a los santos, cuya vida puede resumirse en un sólo concepto: el amor a Dios.

Ser santo es vivir de acuerdo al Plan de Dios. Este Plan se expresa en su plenitud en el primer mandamiento, que nos pide amar al Señor con todo nuestro corazón, con toda nuestra mente, con toda nuestra alma y con toda nuestra fortaleza **(Deuteronomio 6, 5-6)**. Este amor total a Dios es la piedra de toque de la santidad, y los santos lo vivieron de una manera especial, concretado en su abandono completo a Dios.

Además de ser modelos de vida que es preciso imitar, los santos son los intercesores o los protectores, y son objeto de culto (*dulia*) por entenderse que, después de muertos, disfrutan de la compañía de Dios. Los santos en sentido estricto son aquellos que alcanzan la beatitud eterna, con-

templan a Dios en el Cielo e interceden por los seres humanos en la Tierra, ayudándonos con su ejemplo e intercesión a reunirnos con ellos.

Los santos forman la llamada Iglesia triunfante e interceden ante Dios por la humanidad, por los vivos en la Tierra y por los difuntos en el Purgatorio: es la llamada Comunión de los Santos, que enseña que la muerte no rompe los lazos que unen a los cristianos en Cristo.

La vida de los santos puede y debe convertirse en un motivo de reflexión y oración para nuestra vida de cristianos. En tiempos anteriores —especialmente en la Edad Media—, las obras que trataban sobre la vida de los santos —en especial la famosa *Leyenda Dorada* de Jacobo de la Vorágine— eran auténticos *bestsellers*, que satisfacían con sus historias y leyendas las necesidades de devoción y entretenimiento de un público numeroso. Además, una importante parte de las prácticas devocionales tenía como destinatarios a los santos, buscando conseguir su protección y su intercesión.

Los tiempos han cambiado, pero esa corriente devocional, a pesar de haber disminuido, continúa presente y viva en la Iglesia, pues los hechos que protagonizaron y las palabras que dijeron y escribieron los santos tienen para los creyentes una especial significación, ya que pertenecen a personas que gozan de la presencia de Dios, y esa inti-

midad con Él da una autoridad y credibilidad especial a sus dichos y hechos. A ellos también se les pueden aplicar aquellas palabras del evangelio:

*«Maestro, sabemos que has sido enviado por Dios, porque nadie puede hacer los milagros que tú haces».*  
**(Juan 3, 2)**

En una obra que publicamos hace poco en esta misma colección, titulada **“Orar con la vida de los santos”**, expusimos una antología de hechos protagonizados por santos, de ejemplos donde se podía ver la manera en que se desenvolvían en su vida cotidiana, siempre con la perspectiva de su radical entrega a Dios. En esta obra que ahora presentamos hemos recogido sus palabras, aquellas enseñanzas que predicaron para comunicar sus ideas, sus experiencias y las vivencias con que asumieron su compromiso cristiano, para que estos testimonios sean motivo de reflexión y oración.

Viene a ser, pues, una segunda parte de la anterior, que completa este proyecto de divulgación sobre la vida de los santos que nos propusimos como intención, para que, en estos tiempos difíciles que vivimos, este rico patrimonio de fe se conserve y transmita a la posteridad como una herencia fundamental de la espiritualidad humana, y permanezca vivo en la Iglesia como uno de sus tesoros más importantes.

Acabamos esta breve introducción con una cita de **Benedicto XVI** donde se expone claramente la relevancia de esas personas a las que la tradición ha catalogado como santos:

*«El santo es aquel que está tan fascinado por la belleza de Dios y por su perfecta verdad que éstas lo irán progresivamente transformando. Por esta belleza y verdad está dispuesto a renunciar a todo, también a sí mismo. Le es suficiente el amor de Dios, que experimenta y transmite en el servicio humilde y desinteresado del prójimo.»*

Los santos *«han entregado su vida a la causa de nuestro Señor Jesucristo»* (Hechos de los Apóstoles 15, 26).

*El luminoso ejemplo de los santos despierta en nosotros el gran deseo de ser como ellos, felices de vivir junto a Dios, en su Luz, en la gran familia de los amigos de Dios. Ser santo significa vivir en la cercanía de Dios, vivir en su familia, y esta es la vocación de todos nosotros.*

*Pero, ¿cómo podemos convertirnos en santos? A esta pregunta se puede responder, ante todo, con un enunciado negativo: para ser santos no es necesario realizar acciones y obras extraordinarias, ni poseer carismas excepcionales. Luego viene la respuesta positiva: es necesario ante todo escuchar a Jesús y después seguirle, sin desalentarse ante las dificultades.*

*El ejemplo de los santos es para nosotros un aliento a seguir los mismos pasos y a experimentar la ale-*

*gría de quien se fía de Dios, pues la única causa de tristeza y de infelicidad para el hombre se debe al hecho de vivir lejos de Él.*

*El camino que conduce a la santidad es presentado por el camino de las Bienaventuranzas. En la medida en que acogemos la propuesta de Cristo y le seguimos –cada uno en sus circunstancias–, también nosotros podemos participar en la bienaventuranza. Con Él lo imposible se hace posible».*

Madrid, a 12 de septiembre de 2007